



CAPÍTULO VII

En el cual el curioso lector vuelve á encontrar
á San Juan Bautista.

DESPUÉS apareció una criada con una gran charola con vasos de sangría.

La animación subió de punto.

El hombre decidido á darse gusto se prepara oportunamente reacciones químicas en su propia economía. Después de lisonjear el tacto, la vista y el oído, termina por complacer al gusto y al olfato.

Esto es lo que se llama gozar con los cinco sentidos.

Á las diez y media se presentó Carlos.

Carlos era elegante; pero elegante sin afectación y sin forzamiento: sabía, como dicen los sastres, *llevar la ropa*. Era sencillo en el vestir y se conocía en él el hábito del aseo por educación.

Carlos se destacaba en todos los grupos como la figura de primer término.

Había quien lo tachara de orgulloso, pero en realidad los mismos que así lo calificaban solicitaban sus sonrisas: tenía en sí mismo la superioridad sin pretenderla, la elegancia sin apercibirse de ella, la afabilidad sin estudiarla y el tacto, en fin, más esquisito para hacerse querer.

Aunque sobrio en sus palabras, tenía siempre en sus labios una frase para cada uno, y había allí quienes hicieran alarde de tener amistad con

Carlos por estar reconocido como una persona de distinción.

En efecto, era rico é instruido, franco y caballeroso.

Sus amores con Mercedes se habían hecho públicos en pocos días.

Daremos las causales de esta publicidad: Carlos no había hecho más que dar los primeros pasos en la senda de su amor; pero como á primera vista había sido y era calificado por todos como un buen partido, estos primeros pasos los habían traducido de este modo:

— Carlos se va á casar con Mercedes.

Apenas se presentó Carlos en la sala aquella noche, dos señoras que lo vieron entrar, hablaron de este modo:

—¿Ese es?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Me gusta para Merced.

—Es buen partido.

—¿Y es rico?

—Por supuesto.

—¿Y cuando es la boda?

—Creo que pronto.

Por otro extremo de la sala, dos jóvenes hablan así:

—Ese es el novio de Merced, ¿qué te parece?

—Es muy buen mozo.

—Á mí no me lo parece.

—¿Qué dices?

—Es decir, no es tanto como dicen.

—¿Y Merced lo quiere?

—Está loca por él.

Con este tema, la concurrencia hizo cien variaciones, pero en realidad lo único que había era que Cárlos había galanteado á Mercedes, sin que por esto dejara de existir cariño mútuo.

Cárlos bailaba poco, y aceptaba el baile no como motivo de placer, sino

como ramo de educación y por no excluir este medio social en su trato con las señoras.

Merced acababa de dar las cuadrillas á Perez, pero al ver á Cárlos, se supuso que Cárlos vendría á pedirle las cuadrillas y se echó á pensar como se descartaría de Perez. En dos palabras se puso de acuerdo con su vecina, quien desde luego mandó llamar á Perez con un pollo.

Esta vecina de Mercedes se llamaba Lupe.

—Estas son las cuadrillas que le dí á usted, Perez.

—¿Á mí? preguntó Perez.

—Qué mala memoria tiene usted!

—Pero si yo...

—Usted no se acuerda.

—Estas son, Perez, agregó Mercedes; yo estaba presente cuando usted las pidió.

Perez vaciló, pero al fin dijo:

—Sí, Lupe, estas son.

—Pero, si usted no quiere bailarlas...

—De muy buena gana y doy á usted mil satisfacciones: soy un distraído.

—No, no; sin compromiso.

—Compromiso... ¡Ca! exclamó Perez que empezaba á conocer que era víctima de una intriga. Es cierto, muy cierto; es usted y no Mercedita mi compañera.

El cambio estaba hecho. Mercedes respiró viéndose libre de Perez y en aptitud para aceptar por compañero á Carlos.

La música anunció la cuadrilla.

Carlos no se acercaba.

Comenzaron á pararse las parejas y Carlos apareció en una cabecera con doña Rosario, quien á pesar de sus hijos, no había abandonado el baile, pero no siempre tenía quien la invitara:

de manera que este rasgo de educación de Carlos, acabó de poner á doña Rosario enteramente de su parte.

Mercedes recibió la primera contrariedad al quedarse sin Perez y sin Carlos, y pretextando quehacer salió de la sala.

Al terminar las cuadrillas, un incidente vino á desviar la atención de los concurrentes del asunto matrimonial que los preocupaba.

Resonaron en la recámara los gritos de un niño; pero era un niño que reventaba los oídos, que aturdía llorando con todas sus fuerzas.

Hubo un movimiento de alarma en la concurrencia y no faltó quien preguntara en voz alta:

—¿Quién llora?

Y tampoco faltó chusco que contestara:

—San Juan Bautista.

Una risa general sucedió á esta respuesta, y Perez tomando á su carga la explicación del enigma, dijo.

—Sí, señores, es San Juan Bautista; quiero decir, el San Juanito de la procesión.

—¡Cómo! preguntó uno, ese niño tan güero y tan bonito que iba esta tarde.

—El mismo, dijo Perez, aquí está, pueden ustedes pasar á verlo.

—Vamos á ver á San Juan.

—A San Juan.

—Vamos, vamos.

Y muchas señoras entraron á la recámara, para ver á San Juan Bautista.

Sobre una cama estaba Chucho y á su lado estaba Elena mimándolo para que no atarantara.

—Aquí esta San Juan.

—¿Cómo te va San Juanito? le dijo una vieja.

—Los santos no lloran, le dijo otra.

—¡Qué niño tan lindo, lástima que lllore!

—¿Qué le han hecho á San Juan? preguntó una polla.

—¿Qué te han hecho? santo.

—Quiere su borrego, dijo la mamá.

—¿Qué es eso? preguntó el padre Martinez desde el gabinete.

—Es San Juan Bautista que llora por su Cordero pascual, padre Martinez.

—¿Qué gerigonza es esa?

—Es el San Juanito de la procesión es un niño que se llama Chucho y quiere su borrego.

—Eso es otra cosa, dijo el padre Martinez.

San Juan no transijió con separarse del borrego, sino cuando lo hubieron colmado de juguetes, de dulces, de bizcochos y de besos.

Diremos porque estaban allí Chucho y su mamá.

En el año á que nos referimos el ceremonial de la etiqueta no era precisamente riguroso en materia de presentaciones: el que daba un baile en su casa no se sorprendía de encontrarse en medio de multitud de personas desconocidas que ni lo saludaran, ni se cuidaba mucho de inquirir la procedencia de sus convidados, pues suponía buenamente que alguno los había llevado.

En efecto, Elena había entrado con Chucho pasando casi desapercibida, con excepción de dos ó tres personas que la conocían y á quienes Elena había ya saludado.

A Elena la llevó Perez.

¿Qué de común tenía Perez con Elena?

Nadie lo sabía.

Si otro hubiera llevado á Elena aquellos hubieran inquirido el paren-

tesco de Elena con su compañero, pero simultáneamente se conformaban todos con esta respuesta que no sabemos porque parecía toral.

—La trajo Perez.

Ya hemos dicho que Perez era un hombre de confianza; Perez era de esos hombres que tienen el privilegio de no inspirar sospechas, era de esos hombres de quienes no se piensa mal nunca.

El mismo D. Pedro María había oído alguna vez voz de hombre en el cuarto de sus hijas, se había asomado á ver quien era y había exclamado muy tranquilo:

—¡Ah! es Perez.

A decir verdad ni el mismo Perez sabía porque inspiraba tanta confianza.

En cuanto á Elena le bastó ser madre de un niño tan lindo como Chucho para que muchas personas le encontra-

ran esa recomendación y fué objeto de sinceras felicitaciones.

—Que feliz es usted, mi alma, le decía una de las tías de Mercedes, qué feliz es usted en ser la madre de San Juan Bautista, tiene usted un hijo como un dulce, María Santísima se lo conserve á usted por muchos años.

—Mil gracias, señora.

—¿Y lo querrá usted mucho?

—Es mi adoración.

Tiene usted razón de sobra. Vamos que esta tarde me dieron ganas de comérmelo.

—Parecía de porcelana, dijo otra señora.

Chucho se atragantó de dulces y se puso en pie; su mamá le sacó á la sala, donde Chucho siguió recibiendo los agasajos de la concurrencia.

Después de las doce de la noche, llegó á su máximum la animación del bailecito.

La concurrencia había saboreado, aunque tal vez no con mucho deleite, copitas de licor de canela, de rosa, de garuz y *de perfecto amor*, había consumido algunos platonos colmados de *cuchufletas*, *puchas*, *soletas*, *rodeos* y *polvorones*, á todo eso con la añadidura de rebanaditas de queso fresco según hemos dicho ya.

Elena se había vuelto expansiva y estaba rubicunda. Muy pocos habian notado que Perez era el que más obsequiaba á Elena.

Como entonces no se bailaban sino cuadrillas, contradanza y vals, la concurrencia empezaba á sentir la necesidad de quitar la monotonía al baile.

No faltó denunciante que asegurara que Perez bailba boleras, y un grupo de jóvenes lo rodeó en seguida rogándole que bailara.

Don Pedro Maria no era hombre á

quien le faltaran dos pares de castañuelas, de manera, que bien pronto recibió una diputación en demanda de este adminículo.

—Les daré las castañuelas ó los palillos, como los llaman ustedes los elegantes, dijo D. Pedro María, y aún podría darles también el tratado de Crotalogía que aun conservo.

¡Ay! añadió D. Pedro, abriendo su ropero, yo fui un excelente bailarín, todavía se acuerda mi mujer de nuestras boleras, y oigan ustedes, se le podían ver bailar; y como Rosario ha sido mujer de buen pié y pierna, encantaba en una concurrencia; vamos, Perez, aquí tiene usted los palillos.

Perez se ajustó los palillos y se acercó á Elena, quien á su vez hizo lo mismo.

Elena y Perez ocuparon el centro de la sala, tomando la acostumbrada



Las Boleras.

actitud muy conocida, hasta de los que no bailan, con el nombre de *primera de boleras*.

Elena y Perez estaban bien plantados: rompió la música y después de los primeros compases, brazos y piernas hicieron de las suyas. Entre los concurrentes estaban los gachupines de la tienda de abarrotes de la misma calle, quienes acompañaron con el alma las boleras, y además tronando los dedos.

Jadeantes hicieron la última pirueta Perez y Elena, y en medio de un estrepitoso aplauso Perez mereció de los gachupines el honroso calificativo de muy listo en el tejer, y Elena, Elena encantó á la concurrencia porque también tejió.

Hubo más cuadrillas y contradanzas, y más tarde se tocaron tagarotas.

Hablaremos un poco de Elena.

Hemos dicho al principio que Elena no era precisamente una hermosura, y en efecto no llamaba la atención; pero era sin embargo de esas mujeres cuyos atractivos se exhiben lentamente.

Elena tenía la piel fina.

Perez se lo había notado á poco tiempo de tratarla.

Elena era cachigorda, bajita de cuerpo, y cuando se la estudiaba, el observador se encontraba agradablemente sorprendido al contemplar una mano bien hecha, de dedos puntiagudos y unos hoyuelos que no carecían de gracia.

El brazo de Elena era también torneado y esquisito y su pié arqueado, mexicano y gracioso.

Las boleras dejaron percibir que Elena llevaba un zapatito de raso azul, sujeto con delgadas cáligas, y además una media finísima *de la patente*.

Perez que todo lo sabía, tenía ya para su coleteo, y ya hacía quien sabe cuanto tiempo, hecho este acopio de observaciones; y eso era porque Perez era muy curioso.

Como á las cuatro de la mañana, se bailó el jarabe, el palomo y otros bailes del país.

Pollos y pollas estaban ya rendidos por la fatiga y por el sueño, y á las seis de la mañana se retiraron los músicos, y tras de ellos los últimos concurrentes, ofreciendo volver otro día más despacio; chiste que desde entonces sirve para disculparse de hacer una visita demasiado larga.

